

puede atravesar en una hora una distancia de cinco á seis leguas inglesas. Utiliza á medida de sus deseos sus largos y robustos brazos que le permiten trepar con facilidad á los árboles mas altos, coger las frutas y hojas de las ramas delgadas que no sostendrian su peso, y acopiar en fin hojas y ramas para la construccion de su lecho. Un orangutan, perseguido por nuestro naturalista, le dió ocasion de observar de qué manera construyen sus guaridas.—Tan pronto como le hube tirado, refiere Wallace, el Meias (aunque herido) trepó á la copa del árbol y llegó en un instante á sus mas altas ramas, empezando acto continuo á romperlas á su alrededor y á colocarlas cruzadas en todas direcciones. El sitio estaba perfectamente escogido. Con una rapidez extraordinaria, alargaba su brazo sano, rompía con la mayor facilidad las ramas mas fuertes, y las colocaba diagonalmente una sobre otra, de suerte que en pocos minutos construyó una masa compacta de ramaje que le ocultó á mi vista por completo. Un nido semejante al descrito, emplea tambien el Meias todas las noches para dormir, con la sola diferencia de que casi siempre lo construye en un árbol pequeño y por regla general á una altura de ocho á quince metros, sin duda porque así está mas al abrigo del viento mas bien que por hallarse á mayor altura. Se dice que el Meias construye para cada noche un nido nuevo, cosa que no me parece verosímil, porque si así fuese, se encontraría su rastro con mas facilidad. Los dayaks dicen que cuando el mono está muy mojado se cubre con hojas muy grandes de pandano ó de helecho. Esto quizá ha dado margen á la suposicion de que construye chozas en los árboles. El orangutan no deja su lecho sino cuando el sol ya está bastante alto y cuando ha desaparecido el rocío de las hojas. Come al medio día, pero raras veces vuelve dos dias seguidos al mismo árbol; por lo que he podido averiguar se alimenta casi exclusivamente de frutas, y á veces tambien de hojas, capullos y tallos tiernos. Prefiere, segun parece, las frutas verdes á las maduras y come tambien las mas agrias y amargas. Sobre todo le gusta mucho la carne roja de cierto fruto grande. A veces no come sino las semillas pequeñas de los frutos, destruye mucho mas de lo que come, de manera que se encuentran siempre desperdicios debajo de los árboles en que ha estado comiendo. Le gusta muchísimo el fruto del durio, y destruye grandes cantidades de este fruto delicioso; pero nunca atraviesa claros del bosque para buscarlo. El durio crece, segun dice Wallace en otro pasaje de su obra, en un elevado y corpulento árbol silvestre, el cual, aunque parecido á nuestro álamo, tiene, sin embargo, la corteza mas lisa y con mas capas. El fruto es redondo ó ligeramente oval, tiene el tamaño de un coco, un color verde y está cubierto de pequeñas, fuertes y agudas espinas; las partes inferiores de estas se tocan, formando hexágonos, y cubren el fruto tan completamente que es difícil cogerlo del suelo, cuando se le ha desprendido el tallo. La cáscara es tan gruesa y dura, que no se rompe, aunque cayese de considerable altura. Desde la raíz hasta la punta, tiene cinco líneas muy poco marcadas, sobre las cuales las espinas son un poco curvas; estas líneas indican las juntas por las cuales se puede partir el fruto, necesiándose para hacerlo, un fuerte cuchillo y una mano robusta. Las cinco celdas son por dentro blancas y brillantes; cada una está llena de una pulpa color de rosa, en la cual hay dos ó tres simientes del tamaño de una castaña. Esta pulpa, que es la parte que se come del fruto, no se puede describir, ni en cuanto á su composicion ni por lo que hace á su buen gusto: una crema de huevos, aromática, mantecosa, con un pronunciado gusto de almendras, daría la mejor idea de ella. Pero tambien se notan olores parecidos á la leche, á la crema, al queso, al caldo de cebolla, al vino de Jerez y á otras cosas indescriptibles.

Esta pulpa es mas blanda y gomosa que la de ningun otro fruto, lo que le da aun mejor sabor. El durio no es agrio, ni dulce, ni jugoso, y sin embargo no se echa de menos ninguna de estas tres cualidades; no causa náuseas, ni produce malos efectos, y cuanto mas se come, mas se apetace. El placer que se goza al comer el durio compensa todas las incomodidades de un viaje al Oriente.

Parece imposible que el meias pueda abrir un durio, cuya cáscara es tan gruesa, tan dura y llena de fuertes espinas sumamente apiñadas; tal vez empiece por arrancar algunas de estas, y haciendo en seguida un agujero, abra el fruto con sus dedos vigorosos.

El orangutan baja muy pocas veces á tierra, á no ser que acosado por el hambre, busque tallos jugosos ó orillas del agua, ó cuando, á causa de la sequia, no encuentra ya rocío en el hueco de las hojas.

Tan solo una vez he visto dos orangutanes pequeños sentados en la concavidad de una roca, en terreno seco, al pié de la colina de Simunjon; estaban de pié, jugando y cogiéndose de los brazos. Es muy raro que el meias ande derecho; únicamente se endereza cuando va á cogerse de las ramas mas altas que él ó cuando se le acomete. Eso de representarle andando apoyado en un palo, es puramente imaginario.

Parece que el meias no tiene miedo al hombre. Los que he observado yo, me miraban muchas veces atentamente algunos minutos, y se alejaban despues muy despacio hasta un árbol vecino. Cuando habia visto uno, tenia que andar muchas veces media legua y mas, para buscar mi escopeta; sin embargo le encontraba casi siempre á mi vuelta sobre el mismo árbol, ó en una circunferencia de doscientos piés.

No he visto nunca juntos dos orangutanes completamente adultos, pero si un macho ó una hembra acompañados de pequeños ó casi adultos.

Todos los dayaks están contestes en asegurar que ninguno de los animales de la selva se atreve á acometerle, con solo dos excepciones. Son tan curiosos los detalles que me han dado sobre este particular que voy á reproducir casi textualmente lo que me han dicho algunos indígenas ancianos que han pasado toda su vida en los sitios frecuentados por este mono. Uno de ellos se expresaba así:

«Ningun animal es bastante fuerte y vigoroso para hacer daño al meias; el único con quien suele tener encuentros es el crocodilo. Cuando ya no quedan frutas en el bosque, el meias busca su sustento á orillas del río, donde hay una gran cantidad de retoños que le gustan y de frutos que crecen junto al agua. Entonces el crocodilo intenta apoderarse de él, pero el mono salta sobre su agresor, le descarga golpes con sus manos y piés, le desgarra y le mata.»

El viejo dayak añadió que habia sido testigo de uno de estos combates, y que en su concepto siempre sale vencedor el orangutan.

El otro dayak, el orang-kaya ó jefe de los dayaks-balús, que vivía á orillas del río Simunjon, me habló en estos términos:

«El meias no tiene enemigos: ningun animal se atreve á atacarle, excepto el crocodilo y el piton. Siempre mata al primero valiéndose de su fuerza; salta sobre él, le arranca las mandíbulas y le destroza la garganta. Si un piton acomete al meias, este le coge, le muerde y le mata. El meias es muy fuerte; no hay en el bosque ningun animal tan vigoroso como él.»

Raras veces lucha el orangutan con el hombre. Se presentaron un día en mi casa unos dayaks, para referirme que el día anterior, un meias habia casi dado muerte á uno de sus compañeros. A algunas leguas de distancia, siguiendo la corriente, está situada la casa de un dayak, y vieron los que la

habitaban á un gran orangutan comiendo con mucho gusto los tallos de una palmera. Ahuyentado de allí, se retiró al bosque á donde acudieron varios hombres con lanzas y hachas para cortar el paso. El que primero le salió al encuentro intentó atravesar al animal con su lanza, pero el meias le asió y le mordió fuertemente en el antebrazo junto al codo, desgarrándose con furia; y si los demás compañeros no hubiesen acudido en su auxilio, quizá le hubiera dejado sin vida, pero estos, armándose de valor, acabaron en breve con el valiente animal á lanzadas y á hachazos. El herido continuó enfermo por largo tiempo y quedó bastante inutilizado del brazo. El mismo Wallace pudo convencerse de la veracidad de esta narracion, porque visitó al día siguiente el teatro de la lucha y cortó la cabeza al orangutan para añadirla á su coleccion. En una de sus cacerías nuestro naturalista cogió á un orangutan joven. Llamado por los dayaks, vió un gran meias sentado en la copa de un árbol y le mató al tercer tiro. Mientras los presentes se disponian á llevarlo á su casa, encontraron tambien á un pequeño, tendido en el pantano y boca abajo. «Este animalillo», refiere Wallace, no media mas que un pié de longitud y estaria sin duda agarrado al cuello de su madre, cuando esta cayó herida del árbol. Afortunadamente no se le observó herida alguna, y despues de haberle limpiado la boca, empezó á gritar, mostrando robusto y ágil.

»Mientras le llevaba á casa, me cogía la barba con sus pequeñas manos apretándolas tanto que me costó mucho trabajo desasirme de ellas, porque la última falange de los dedos de los orangutanes suele estar encorvada hácia dentro, de modo que forman verdaderos ganchos. Aun no tenia dientes, pero pocos dias despues le salieron dos incisivos de la mandíbula inferior.

»Desgraciadamente, yo no tenia leche que darle, porque no la usan ni los chinos, ni los malayos, ni los dayaks, y en vano busqué una hembra para amamantarlo. Tuve que darle agua de arroz con una botella en cuyo tapon habia atravesado un cañon de pluma, y despues de muchas pruebas acabó por chupar muy bien el solo. Este alimento no podia ser mas pobre, de suerte que el animal no engordaba, aun cuando añadía de tiempo en tiempo al agua de arroz azúcar y leche de coco para hacerla mas nutritiva. Cuando le metía el dedo en la boca, lo chupaba con toda su fuerza, procurando sacar de él un poco de leche, y despues de haber persistido largo tiempo, desistia poniéndose á gritar como una criatura de pecho.

»Cuando se le tenia en brazos ó se le daba su alimento estaba muy quieto y contento al parecer, pero si se le acostaba, empezaba á gritar, á revolverse y á meter todo el ruido que podia. Convertí una caja en una especie de cuna, y puse en el fondo una esterilla bastante blanda, que se mudaba y lavaba diariamente: tambien hubo que lavar al poco tiempo al pequeño meias, y cuando lo hice así algunas veces, acabó por acostumbrarse á esta operacion en términos que siempre que estaba sucio se ponía á chillar hasta que se le lavaba; entonces se sosegaba, aparte de algunos gestos y contorsiones que hacia al sentir la impresion del agua ó al caerle esta por la cabeza. Gustábale que le enjugaran y frotasen, y mientras le cepillaba yo los largos pelos del lomo ó de los brazos, parecia muy satisfecho, estando muy quieto y con las piernas y brazos estirados: los primeros dias se agarraba como un desesperado con sus cuatro patas á todo cuanto podia alcanzar, teniendo yo que poner un gran cuidado en que no me cogiera la barba ó los cabellos, porque me era imposible hacerles soltar sin que me ayudase álguien.

»Cuando tenia un pedazo de madera ó de trapo parecia muy contento; á falta de otra cosa, se cogía á veces las pa-

tas, y luego contrajo la costumbre de cruzarse de brazos constantemente asiendo con cada mano los largos pelos que crecian en el hombro opuesto. Por fin, dejó de coger con tanta tenacidad todo cuanto encontraba, y entonces tuve que inventar algun medio de ejercitar sus miembros y hacerle adquirir fuerzas. Construí una escalera de tres ó cuatro peldaños, de la que le hacia colgarse un cuarto de hora seguido cada vez que le ponía en ella; al principio parecia muy contento, pero como no podia poner las cuatro patas á la vez en una postura cómoda, soltaba una, luego otra y acababa por dejarse caer al suelo.

»A veces cuando estaba suspendido de dos patas, soltaba una y la cruzaba sobre el hombro opuesto, cogiéndose sus propios pelos, y como esto le gustaba sin duda mas que el barrote de la escalera, soltaba tambien la otra y caía; cruzábase entonces de brazos y se quedaba tendido boca arriba tranquilo y satisfecho, y sin que al parecer se hiciese daño en ninguna de sus numerosas caídas.

»Al verle tan aficionado á los pelos, le construí una madre artificial; rellené de paja una piel de búfalo, y la colgué á un pié del suelo. Al principio debió parecerle muy conveniente, porque enrocó sus cuatro patas al rededor de la piel y cogió los pelos. Me figuraba haber hecho una gran cosa en favor del pobre huérfano, pero esto solo duró hasta el día que se acordó de su madre; procuró mamar, agarrándose á la piel y buscando el sitio conveniente para ello, mas no encontrando sino pelo y lana, se enfadó, empezó á chillar, y á las dos ó tres tentativas lo abandonó todo. Cierta dia tragó un poco de lana; creí que se ahogaba; consiguió respirar con gran trabajo y se acercó á mi; hice pedazos la falsa madre, y renuncié á esta postrera esperanza de proporcionar un poco de ejercicio al pequeño animal.

»Al cabo de una semana, ví que le podía dar de comer con una cuchara, y le propiné un alimento algo mas variado y sólido: gustábale mucho la galleta bien remojada, mezclada con huevo y azúcar, y las patatas azucaradas. Daba risa ver los cambios de su fisonomía segun que le agradaban ó no los manjares que le ofrecía. El pequeño se relajaba y ponía los ojos en blanco cuando le gustaba el alimento, pero si no era así, lanzaba gritos y pegaba patadas como una criatura enfadada.

»Haria ya tres semanas que poseía á mi pequeño meias, cuando recibí afortunadamente un joven macaco, el cual era pequeño y comía solo. Le puse con el meias y en seguida se hicieron buenos amigos. Ninguno de los dos tenia el menor miedo del otro. El macaco se ponía sin consideracion alguna sobre el vientre y hasta sobre la cabeza del meias, y mientras yo daba de comer á este, el otro solía asistir á la comida y recoger todo lo que caía al suelo; á veces tambien cogía la cuchara antes de que llegase á la boca de su compañero. Cuando la comida habia concluido, lamía lo que habia quedado en los labios del meias, y por fin le abría la boca para ver si habia mas. Consideraba el vientre de su compañero como colchon cómodo, poniéndose muchas veces sobre él, y el pobre meias soportaba todas las bromas de su camarada con una paciencia ejemplar, pues parecia alegrarse de ver algo vivo á su lado ó de tener un objeto á su disposicion al cual pudiese pasar tiernamente los brazos por el cuello. Cuando su compañero queria abandonarle, le detenía con todas sus fuerzas por la piel de las espaldas ó de la cabeza ó tambien por la cola, y no le era posible al macaco librarse de él sino despues de dar muchos saltos vigorosos.

»Muy notable era el comportamiento de estos dos animales que no debían ser de diferente edad. El meias se portaba como un niño, se echaba de espaldas de un lado al otro tendiendo sus cuatro manos al aire con la esperanza de

coger algo, pero no podía dirigir sus extremidades en todas direcciones. Cuando no estaba contento, abría la boca casi sin dientes y daba á entender sus deseos lanzando un grito parecido al del niño; al paso que el pequeño macaco estaba en movimiento continuo, corría y saltaba por todas partes cuándo y dónde le daba gana, lo examinaba todo, recogía con la mayor habilidad las cosas mas pequeñas, se sostenía en equilibrio, sin esforzarse, sobre el borde de la caja, trepaba sobre un palo y cogía todo lo que podía alcanzar para comer. No podía imaginarse mayor contraste; el meías parecía al lado del macaco un niño pequeño.

»Al mes de poseer á mi prisionero ví que bien podría aprender á andar solo. Si se le ponía en tierra hacia fuerza

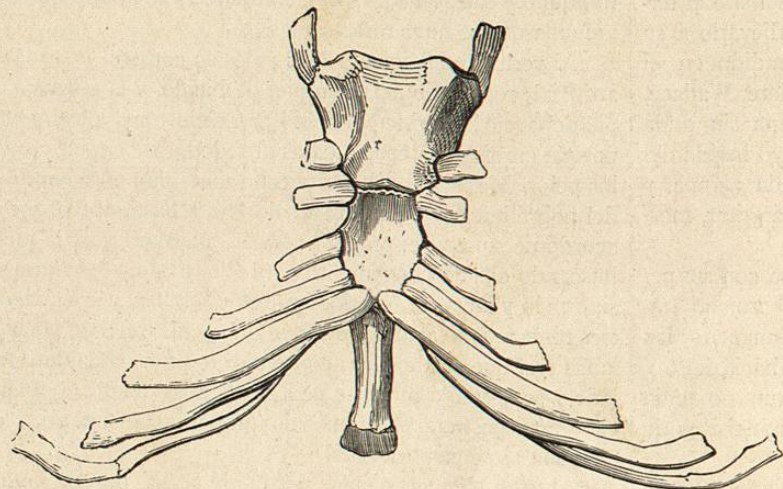


Fig. 34.—ESTERNON DEL GIBON SIAMANG

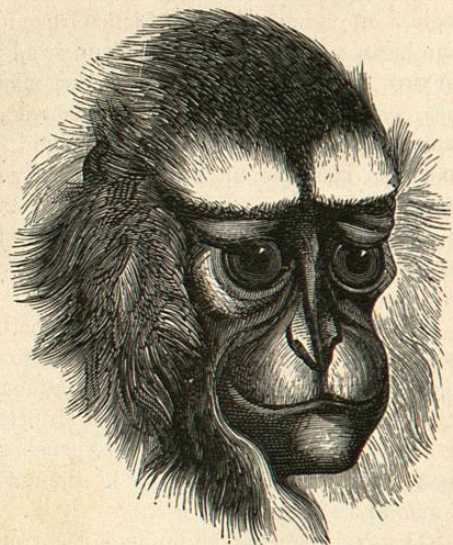


Fig. 35.—CABEZA DEL GIBON HULOCK

pensaban la leche de la madre; la de coco, que le daba á veces, no convenía á su estómago. A este alimento debí tambien achacar el que mi pupilo enfermase de una diarrea que le hizo padecer mucho; pero logré restablecerle con una pequeña dosis de aceite de ricino. Una ó dos semanas mas tarde enfermó otra vez y mas seriamente; los síntomas eran exactamente los de calentura intermitente, acompañada de hinchazon de los piés y de la cabeza. Perdió la gana de comer y murió una semana despues flaco como un esqueleto.

»Sentí mucho la pérdida de mi pequeño favorito, al cual habia tenido tres meses con la esperanza de poderle criar. Durante su corta vida me habia divertido mucho con su graciosa conducta y con sus muecas inimitables.»

Para completar la excelente descripción de Wallace sobre la vida de un jóven orangutan citaré ahora relatos mas antiguos.

Al holandés Bosmaern, que tuvo mucho tiempo una hembra domesticada, es á quien debemos las primeras observaciones sobre esta especie. Cuenta que era muy afable y nunca se mostró maligna ó hipócrita; sin ningun tómor se podía meter la mano en su boca; la expresion de su cara era triste y melancólica; gustábale la sociedad del hombre sin tener preferencia hácia uno ú otro sexo, y buscaba sobre todo á las personas que se ocupaban mucho de ella. Sujetábanla con una cadena, y esto la desesperaba algunas veces; se arrojaba entonces al suelo, lanzando gritos que causaban lástima, y desgarraba todas las colchas que le habian dado.

Cierto día que la dejaron en libertad, saltó al tejado, recorriéndole con tal ligereza, que cuatro personas necesitaron mas de una hora para cogerla. El día de esta escapatoria en-

con las piernas ó daba brinco poniendo la cabeza entre las manos y así avanzaba trabajosamente. Si estaba acostado en su cajita, solía ponerse derecho, cogiéndose al borde de la caja y una ó dos veces tambien logró salirse de ella. Si estaba sucio, si tenia hambre ó si necesitaba algo, empezaba á gritar mucho, hasta que se le cuidaba. Si no habia nadie en casa ó si no acudían á sus gritos, se aquietaba pasado algun tiempo. Pero tan pronto como sentia una pisada empezaba otra vez á hacer ruido. Cuando tenia cinco semanas, le salieron los dientes incisivos superiores. Ultimamente no habia crecido lo mas mínimo, y conservaba el mismo peso y estatura. Esto procedía sin duda de la falta de leche ú otro alimento mas nutritivo. Agua de arroz, arroz y galleta no com-

trató al paso una botella de Málaga; destaparla, vaciarla y volver á ponerla en su sitio, fué negocio de un instante.

Comia de todo, gustábanle mas las frutas y plantas aromáticas, y era aficionada tambien á la carne asada y al pescado frito; pero los insectos no parecían ser de su agrado. Cierta día le dieron un gorrion, y aunque al principio tuvo miedo, matóle despues, le arrancó algunas plumas, probó su carne y lo arrojó luego lejos de sí. Causábale mucho placer sorberse los huevos frescos; las fresas eran para ella un manjar delicioso; bebía comunmente agua, pero le gustaba toda clase de vino y en especial el de Málaga; despues de beber se limpiaba la boca con la mano, y usaba el mondadientes, exactamente lo mismo que un hombre.

Hábil ladrona, robaba con suma ligereza las golosinas á las personas que iban á verla.

Antes de acostarse hacia siempre grandes preparativos; disponía el heno convenientemente, le sacudía con cuidado, formando con una parte de él un montoncito para apoyar la cabeza, y se tapaba despues. No era de su agrado dormir sola; temía en general la soledad, y dormitaba algunas veces durante el día, pero no por mucho tiempo.

Habíanla dado una especie de vestido con el cual se cubría tan pronto el cuerpo como la cabeza, lo mismo en invierno que en verano.

Otro día abrieron el candado de su cadena con una llave; la hembra siguió atentamente con la vista los movimientos, y mas tarde trató de abrirlo á su vez, introduciendo un pedacito de madera y haciéndole girar en todos sentidos.

Diéronla en cierta ocasion un gatito; lo cogió y olió cuidadosamente, pero como aquel la arañase en un brazo, arrojólo

al instante, examinó la herida, y desde aquel momento no quiso ya cerca de sí al animal.

Sabia deshacer muy bien los nudos mas complicados con el auxilio de sus manos ó sus dientes; y hasta parecía divertirse mucho este ejercicio, pues desataba con mucha seguridad las cintas ó cordones de los zapatos de todas las personas que se acercaban á ella.

Tenia mucha fuerza en los brazos, levantaba grandes pesos y se servía de las manos posteriores con tanta destreza como de las anteriores. Cuando no podía coger un objeto con las primeras, tendiase en el suelo, y lo alcanzaba con las segundas.

No gritaba sino cuando se hallaba sola; asemejábase su grito en un principio al ladrido de un perro, luego era mas

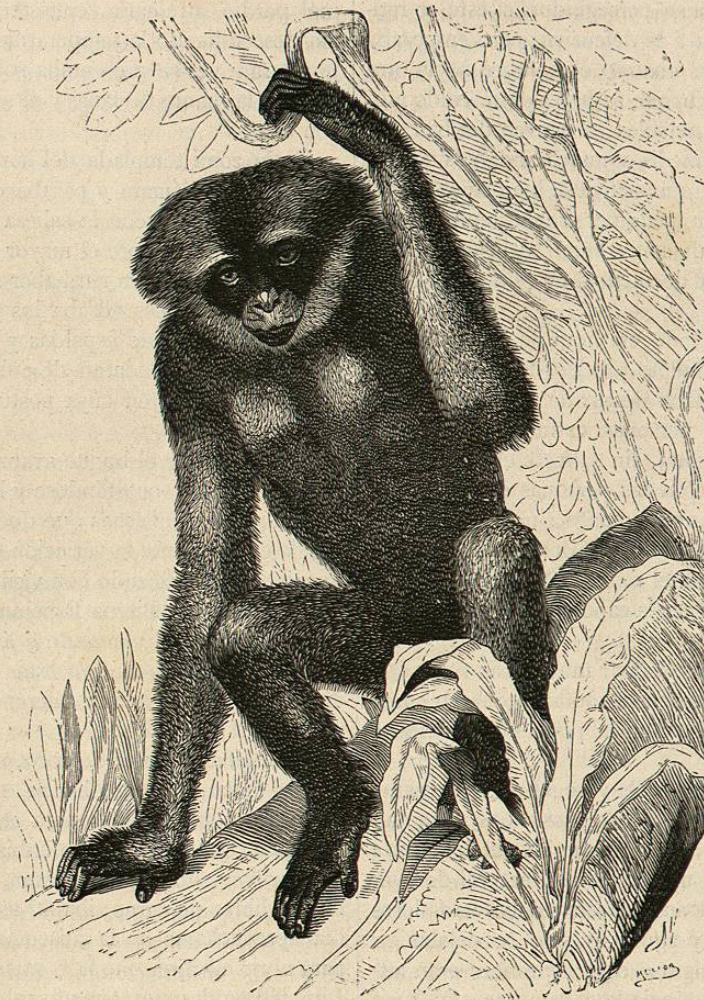


Fig. 36.—EL GIBON UNKO

ronco, y se parecía al fin al chirrido de una sierra al cortar madera.

La tisis puso fin á sus días muy pronto.

Otro orangutan domesticado, cuyas costumbres observó Jeffries, tenia su jaula siempre muy limpia, fregaba el suelo con un trapo viejo mojado en agua, echaba fuera todas las inmundicias y se lavaba la cara y las manos como nosotros.

Un tercer orangutan mostrábase muy amable con todos aquellos que le hablaban con dulzura; abrazaba á su amo y á su guardian, exactamente lo mismo que pudiera hacerlo un hombre; y á disgusto en presencia de los extraños, familiarizábase por el contrario mucho con aquellos á quienes conocía.

El orangutan que estudió en París Federico Cuvier, tenia de diez á once meses cuando llegó á Francia, y vivió todavia uno mas.

Aquel orangutan estaba formado completamente para trepar y vivir en los árboles; y tanta era su facilidad para aquel ejercicio como su torpeza para andar. Cuando quería subir á un árbol, cogía el tronco y las ramas con sus manos y piés,

sin servirse de los brazos ni de los muslos; y pasaba fácilmente de un árbol á otro cuando se tocaban, de modo que en un bosque algo espeso, no habria tenido necesidad de bajar nunca al suelo, por el cual andaba difícilmente. Por lo comun hacia todos sus movimientos con lentitud, y parecían violentos cuando quería trasladarse de un punto á otro. En primer lugar, apoyábase en el suelo con sus dos manos cerradas levantándose sobre sus largos brazos, y arrastraba los miembros posteriores de atrás adelante, haciendo pasar sus piés entre sus brazos hasta mas allá de las manos; sosteniéndose despues sobre el cuarto trasero, avanzaba la parte superior del cuerpo, apoyábase de nuevo en sus puños, levantábase y repetía la misma operacion. Solo cuando se sostenia con una mano andaba de pié, y aun, en este caso, hacia uso del otro brazo. Yo le he visto pocas veces apoyarse en toda la planta, y por lo general, no sentaba en tierra mas que el lado externo, como si quisiera preservar sus dedos de todo roce. Algunas veces, sin embargo, apoyaba el pié sobre toda su base, pero entonces quedaban dobladas las dos últimas falanges de los dedos, excepto el pulgar, que estaba separado.